

**Doña...**  
(Por Adolfo Güémez L.C)

Se llama Lourdes; pero en su pueblo la apodan «doña Alegría», porque una sonrisa tenaz jamás desaparece de sus labios. Y no se equivocan, su sobrenombre es realmente su definición: un pedazo de felicidad, que, por fortuna, aún abunda en este mundo.

Doña Alegría no es mujer de grandes ideas y vasta cultura; no tiene estudios universitarios, ni imparte conferencias. Ella vive feliz, dice, porque basa sus actos en una sola máxima: «No creer sino el bien que oigo; y disculpar todo el mal que veo». Esto la hace -tal vez sin que siquiera lo sospeche- una mujer completamente libre.

La vida le ha dado algunas sorpresas poco agradables; pero en cada una siempre disculpa el mal: «Se habrá equivocado», «No se dio cuenta», «Ya me lo devolverá», «No es para tanto; además, lo hace sin malicia». Y acto seguido se pone a sonreír y sonreír, siempre sonreír. Ahí reside la fuerza de este gigante del gozo.

Cree que el mundo es un montón de gente optimista y buena, pero que a veces se equivoca. No quiere pecar de ingenuidad, pero prefiere que la engañen cuatro o cinco veces a recorrer su existencia desconfiando y cuidándose de los otros. Y, ¿saben?, me parece que si el mundo viviera de acuerdo a esta simple y sencilla filosofía, todo sería más fácil y la vida más feliz.

Además, «Doña Alegría» siempre está dispuesta a hacer cualquier cosa cuando se trata de socorrer a los demás. Para ella decir «pobre» y no decir «ayuda», es como si un químico dijera «agua» sin pensar en «hidrógeno y oxígeno». Y no es que tenga muchos bienes, pero su sonrisa posee suficientes vatios para iluminar a muchos corazones necesitados. Por lo demás, tampoco teme quitarse un bocado para dárselo a un pobre que toque a su puerta.

Muchas espontáneas reacciones que ocupan su vivir diario podrían citarse en este escrito. Veamos sólo una:

Cuando sus cuatro hijos apenas estudiaban la primaria y secundaria, a cada uno le asignó a su cuidado un pobre de las inmediaciones de su pueblo: «Ustedes se las ingeniarán para ver cómo ayudarlo», les dijo. Así, hizo de su casa un bullir de iniciativas por los demás. Hasta el punto que hay días en que su casa parece un comedor de Hermanas de la Caridad.

De este modo, entre sonrisa y sonrisa, pasa su vida sirviendo y esparciendo alegría. Creyendo sólo el bien que oye, y disculpando todo el mal que ve.

Pienso que si sus buenas obras, en vez de ser hechos vivos fueran ideas escritas, sería de lo más leído en libros y diarios. Porque la verdadera felicidad tiene buen mercado, aunque parezca que su precio es tan alto que pocos pueden comprarla.

«Doña Alegría» es, sí, un testimonio encarnado de la loca carrera por esa felicidad. Aquella que por ser paradójica -“morir para vivir”-, hace parecer como revolucionarios y locos a todos los que la buscan con sinceridad.